

Historia de Arroz con Habichuelas

ANA LYDIA VEGA

*Oh, Familia Singular,
en dación entregada
sin el orgullo
que rompe
los nobles esfuerzos...*

LOLITA LEBRÓN

Arroz era un blanquito finudo y empolvado. Habichuelas: un mulato avispao y sabrosón. Arroz señoriteaba solo, en eterno pritibodi, por los calderos de la Fonda Feliz, echándose las de su perfil gallego y su jinchura de Ateneo. Habichuelas soneaba alegremente en su salsa con Jamón y Tocino, Ajo y Cebolla, Pimiento y Calabaza, los seis panitas fuertes de gufeo y bembé.

Tan distintos eran Arroz y Habichuelas que, a pesar de todos los esfuerzos de la cocinera Ña Jesusa, no se podían ver ni en pintura. Arroz temblaba de asco pensando en que una sola gota colorada de la salsa de Habichuelas manchara la castiza blancura de sus granos. Habichuelas temblaba de furia pensando en que el presentao de Arroz fuera a pisarle la suculenta salsa de su combo guasón.

La enemistad de Arroz y Habichuelas era tan grande y tan gorda que se la pasaban espiándose, criticándose entre sí, mofándose y gozando de lo lindo cuando la mala suerte se le venía encima al otro como una recaída de vulgar sarampión. Para Arroz –o don Arroz, como exigía que se le llamara en la cocina– el malo de la película era siempre Habichuelas. Y a menudo se le oía decir que no había mejor olor que el olor a habichuelas quemadas. Habichuelas por su parte, rodaba estufa debajo de la risa cuando le llegaban noticias de que don Arroz, con todo y sus guilles de Madre Patria, se le había amogollado en la olla a Ña Jesusa como un puré de papas cualquiera.

¡Qué batalla la de Arroz y Habichuelas! Toda la cocina estaba enterada del lío y no había alimento que no participara en el llevitrac de comivete de la Fonda Feliz. La verdad es que Arroz no tenía muchos amigos. Como era tan echón, sólo se codeaba con don Pollo y con ciertos mariscos que toleraba, a pesar de sus olores, cuando se iba de paella una vez al mes. Habichuelas, sin embargo, nunca andaba solo. Todo el mundo quería mojar en esa salsa que reunía lo mejor de la alacena en su rítmico espesor.

Ña Jesusa tenía otra cabeza. Y a la hora de preparar el especial del día no respetaba ni santos ni ideologías. ¡Cuánto sufrían los rabiosos rivales cuando la

cocinera echaba en la losa fría del plato lleno una nevada montaña de arroz brillosísimo Arroz junto a la charca salpicada de Habichuelas enfogonás! Se hacían frente como dos ejércitos de superpotencias peleándose el mundo, calándose uno a otro de arriba abajo con desconfianza cien por ciento jíbara. Arroz cerraba los ojos y apretaba los granos con todas las fuerzas de su rancio abolengo, por aquello de guardar las distancias y evitar el roce. Habichuelas no movía ni un solo dedo para recoger los acordes danzarines de su salsa y la dejaba que corriera y corriera hasta hacerle cosquillas a los granitos más atrevidos de Arroz. Pero hasta ahí llegaba la cosa. Porque Arroz y Habichuelas nunca se daban por vencidos y hasta el último momento se mantenían más separados que los niños y las niñas en un fildei. Sólo el tenedor irrespetuoso de los trabajadores que almorzaban en la Fonda Feliz juntaba a los querellantes, sin cuentos ni miramientos, en un mismo y reñido bocado mortal.

Así se batía el cobre en la fonda que de feliz no tenía mas que el nombre: Arroz y Habichuelas buscando siempre bulla y sin esperanza de reconciliación.

Pasó el tiempo, como siempre pasa en los cuentos, y no sé decirles exactamente cuánto, pero los que conocen bien la historia de Arroz y de Habichuelas dicen que fueron casi cuatro largos siglos. Y un día nublado, igualito a los otros –porque en las cocinas de las fondas no se sabe de sol– llegó un coso feo y raro en manos de Ña Jesusa y toda la alacena se alborotó. El recién llegado era largo y flaco como La Pelona. Colorao, pero no del colorao saludable y atractivo de Habichuelas, sino de un colorao jinchote como carne viva después de una quemadura. Novelaría aparte, nadie había visto nunca coso igual. Con los ojos como palanganas, todo el mundo lo miraba fijamente. Aquello parecía el Ajún del Diablo, Drácula, Hulk, Frankenstein, King Kong, la Muerte en Bicicleta y el mismísimo Cuco, todo a la vez. ¡Cuál no sería la sorpresa de Arroz, que no le quitaba el ojo de encima por presentir no sé qué peligro para su trono de cheche culinario, cuando vio al intruso instalarse dentro del congelador de la nevera, rancho aparte y casa quiere, así sin más ni más!

–Ese no se conforma con la alacena como cualquier hijo de vecino –dijo Habichuelas a sus salseros con un chin de desprecio en la voz.

–Apartamento con aire acondicionado ni más ni menos –añadió Cebolla, con tanta acidez que le aguó los ojos a todos los que escuchaban.

Pronto se vio que el extraño estaba hecho en la cocina. Ña Jesusa lo añonaba como a un bebé. A cada rato, abría el congelador para sacarlo a pasear. Lo metía en un aparato muy raro en cuyo interior daban vueltas un montón de pullas. Lo rescataba luego para acostarlo sobre un pedazo de pan, abierto de par en par como un culero. Lo bañaba entonces en una mezcla de líquidos amarillos y rojos y lo arrojaba con cebolla frita y algo que tenía un lejano parecido de familia con la col.

Por la pobre Cebolla, que tenía que servirle de frisa al nuevo alimento, se enteraron los demás de lo que sucedía en el comedor de la fonda, después de tantos y tan especiales preparativos. Los clientes recibían con entusiasmo al intruso recostado como un emperador romano sobre un platillo plástico, y se lo

pasaban como clásico amarillo en boca de viejo con el efervescente acompañamiento de una bebida color gracia de vaca que todos parecían preferir al mavi. Pero lo que dejó patidifusos y boquiabiertos a todos los habitantes de la cocina fue el saber que la antigua Fonda Feliz se llamaba ahora y que el Japi Jordó, nombre que aparecía pintado descaradamente en las servilletas de papel que llenaban el zafacón.

¡Qué despelote cundió por aquella cocina! Arroz y Habichuelas ponían caras de mangó verde cada vez que salía un platillo plástico con su carga cafretona y estrambótica. Al principio, llovieron los chismes:

–Ave María, qué cosa más fea. Parece un pionono reventao que le han vaciao encima una dita e sofrito.

–Un deo machucao con un esparadrappo mal puesto es lo que parece el místico ese.

–O un chorizo revejío maquillao con talco, a lo Cucaracha Martina acomplejá.

–Al que se eche eso al cuerpo le darán por lo menos retortijones.

Pero el bochinche no podía tapar el menú con la mano y la verdad era que el místico, con todo y lo feo que era, estaba acabando en el Japi Jordó. Y que cada vez menos gente pedía Arroz con Habichuelas.

Ante esa triste situación, hubo reunión en la alacena. Calabaza, por ser la más grande y pamplona de la casa, puso las cartas sobre la mesa y los puntos sobre las íes, al decir:

–Si no nos alistamos, el Jordó se nos queda con to y nos pudrimos de aburrimiento en esta cocina, señores.

–¿Qué se puede hacer? –dijo Pimiento, todavía verde de envidia, aunque el desempleo le había pintado unas manchitas blancas sobre el lomo.

Arroz y Habichuelas se miraron de reojo pero en seguida viraron la cara, recordando que estaban tradicionalmente enchismaos.

Esa noche, nadie pegó el ojo. La suerte estaba echada. Era el zafacón o la mesa. La sazón criolla estaba en issue.

Al día siguiente, Ña Jesusa vino a despertarlos. Chiripa a la vista: alguien había pedido arroz con habichuelas.

Toda la cocina se alebrestó. Arroz se lució, en su empeño por quedar mejor que nunca. No se amogolló. Ni se pegó. Granosito y brillante, se arrellanaba en el caldero como en bicicleta nueva. Habichuelas, por su parte, dirigió su combo del sabor como para Festival Casals; Calabaza se la comió con la conga; Pimiento le dio duro a los bongós; Cebolla se lució con el timbal; Jamón agitó las maracas con maestría. Campanas de pascua sacó Tocino del cencerro y Ajo desplegó sus dientes como piano de cola. La cosa es que aquella salsa sabía a gloria, que se le subía a cualquiera por los pies hasta las tripas, aceitándole la maquinaria entera al boricua más renegao.

Llegó el momento de servir. Ña Jesusa echó su montaña nevada de Arroz parao junto a su charca salpicada de Habichuelas enfogonás, salvando distancias y categorías, como en los viejos tiempos.

Arroz y Habichuelas se miraron a lo perro y gato. Y empezó el baile de bomba. Arroz apretando, huyendo, defendiendo su pureza. Habichuelas cucando, haciendo aguajes, pegándole vellones a su archienemigo. Pero siempre de lejitos: se toca con los ojos y se mira con las manos y Dios libre y no juegue y zape pallá.

En eso, regresó Ña Jesusa y les soltó nada menos que al místico mentao, larguirucho, flacote y color callo encangrino, en el mismo plato en que se debatían los rivales.

Por cortesía, Arroz y Habichuelas aguantaron hasta que Ña Jesusa colocó el plato frente al cliente que lo había pedido. Pero tan pronto desapareció la cocinera aquello fue Jayuya.

Olvidando el asco más de cuatro veces centenario que los separaba, venciendo el miedo más de cuatro veces centenario que los mantenía en su sitio, reuniendo la fuerza más de cuatro veces centenaria que llevaban por dentro, Arroz y Habichuelas se juntaron: grano con salsa y salsa con grano, gordo con flaco, flaco con gordo, rojo con blanco, blanco con rojo, y de un tremendísimo empujón, pusieron a volar al místico místico, echándolo definitivamente fuera del plato. ¡Y qué placer, qué alegría la de revolcarse juntos dando vueltas de carnero, jugando y bailoteando, riendo y periqueando y festejando su triunfo, abrazaditos como dos hermanos!

Como Jordó había caído al suelo, cubriéndose de polvo y de alas de cucaracha, el cliente, muerto de asco, mandó que se lo llevaran y no quiso ni por nada del mundo que le trajeran otro. Por fin, le metió mano a la maravillosa mixta que ante sus propios ojos se había mezclado. En criollo casorio. En mestizo mejunje. En jaiba juntilla. En puertorriqueñísimo pacto para la victoria.

Y así fue como Arroz y Habichuelas se desenchismaron. Desde entonces no se sueltan ni en las cuevas y siempre los vemos enguaretaditos como buenos amigos porque, después de tanto tiempo y tanto cuento, llegaron al consenso sin plebiscito.

Esa noche en la cocina hubo jolgorio. Al compás del combo de Habichuelas y tras un solo sonero de Arroz, cantaron todos a coro:

*Uno más uno son dos
y dos vale más que uno.
Sin amor no hay solución:
uno sin uno es ninguno.*

Con una alegría tan profunda y tan contagiosa que yo también me puse a cantar.